

### CAP. III. FLOR DE SANTIDAD



LOS CRIADOS, viéndola absorta como si viviese en la niebla blanca de un ensueño, la instaban para que contase sus visiones: Atentos al relato se miraban, unos incrédulos y otros supersticiosos. Atega hablaba con extravío, trémulos los labios y las palabras ardientes. Como óleo santo, derramábase sobre sus facciones mística ventura. Encendida por la ola de la Gracia, besaba el polvo con besos apasionados y crepitantes, como las llamas besaban los sar-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

mientos en el hogar. A veces las violetas de sus ojos fosforecían con extraña lumbré en el cerco dorado de las pestañas, y la dueña de los cabellos blancos, que juzgaba ver en ellos la locura, santiguábase y advertía á los otros criados:

— ¡Tiene el ramo cativo!

Adega clamaba al oirla:

— Anciana sois, mas aún así habéis de ver al hijo mío... Conoceréisle porque tendrá un sol en la frente. ¡Hijo será de Dios Nuestro Señor!

La dueña levantaba los brazos, como una abuela benévola y doctoral:

— ¡Considera, rapaza, que quieres igualarte con la Virgen María!

Adega, con el rostro resplandeciente de fervor, suspiraba humilde:

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¡Nunca tal sucedal... Bien se me alcanza que soy una triste pastora, y que es una dama muy hermosa la Virgen María. Mas á todas vos digo que en las aguas de la fuente, he visto la faz de un infante que al mismo tiempo hablaba dentro de mí... Agora mismo oigo su voz, y siento que me llama, batiendo blandamente, no con la mano, sino con el talón del pie, menudo y encendido como una rosa de Mayo!...

Algunas voces murmuraban supersticiosas:

— ¡Con verdad es el ramo cativo!

Y la dueña de los cabellos blancos, haciendo sonar el manajo de sus llaves, advertía:

— Es el Demonio, que con ese engaño metióse en ella, y tiénela cautiva y habla por sus labios para hacernos pecar á todos.

El rumor embrujado de aquellas conversa-

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

ciones sostenidas al amor del fuego, bajo la gran campana de la chimenea, corrió ululante por el Pazo. Lo llevaba el viento nocturno que batía las puertas en el fondo de los corredores, y llenaba de ruidos las salas desiertas, donde los relojes marcaban una hora quimérica. La señora tuvo noticia y ordenó que viniese el Abad para decidir si la zagala estaba poseída de los malos espíritus. El Abad llegó haciendo retemblar el piso bajo su grave andar eclesiástico. Dábanle escolta dos galgos viejos. Adegas compareció y fué interrogada. El Abad quedó meditabundo, halagando el cuello de un galgo: Al cabo resolvió que aquella rapaza tenía el mal cativo. La señora se santiguó devota, y los criados, que se agrupaban en la puerta, la imitaron con un sordo murmullo. Después el Abad calábase

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

los anteojos de recia armazón dorada, y hojeando familiar el breviario, comenzaba á leer los exorcismos, alumbrado por llorosa vela de cera que sostenía un criado, en candelero de plata.

Adegas se arrodilló. Aquel latín litúrgico le infundía un pavor religioso. Lo escuchó llorando, y llorando pasó la velada. Cuando la dueña encendió el candil para subir á la torre donde dormían, siguió tras ella en silencio. Se acostó estremecida, acordándose de sus difuntos. En la sombra vió fulgurar unos ojos, y temiendo que fuesen los ojos del Diablo, hizo la señal de la cruz. Llena de miedo intentó recogerse y rezar, pero los ojos, apagados un momento, volvieron á encenderse sobre los suyos. Viéndolos tan cerca extendía los brazos en la oscuridad, queriendo alejar-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

los: Se defendía llena de angustia, gritando:

— ¡Arreniégotel! ¡Arreniégotel!...

La dueña acudió. Adegá, incorporada en su lecho, batallaba contra una sombra:

— ¡Mirad allí el Demonio!... ¡Mirad cómo ríel! Queríase acostar conmigo y llegó á oscuras: ¡Nadie lo pudiera sentir! Sus manos velludas anduviéronme por el cuerpo y estrujaron mis pechos: Peleaba por poner en ellos la boca, como si fuese una criatura. ¡Oh! ¡Mirad dónde asoma!...

Adegá se retorció, con los ojos extraviados y los labios blancos: Estaba desnuda, descubierta en su lecho. El cabello de oro, agitado y revuelto en torno de los hombros, parecía una llama siniestra. Sus gritos despertaban á los pájaros que tenían el nido en la torre:

— ¡Oh!... ¡Mirad dónde asoma el enemigo!

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

¡Mirad cómo ríel! Su boca negra quería beber en mis pechos... No son para ti, Demonio, son para el hijo de Dios Nuestro Señor. ¡Arrenegado seas, Demonio! ¡Arrenegado seas!...

La dueña repetía amedrentada:

— ¡Arrenegado sea! ¡Arrenegado sea una y mil veces!

Con las primeras luces del alba, que temblaban en los cristales de la torre, huyó batiendo sus alas de murciélago. La señora, al saber aquello, decidió que la zagala fuese en romería á Santa Baya de Cristamilde. Debían acompañarla la dueña y un criado.



## CAP. IV. FLOR DE SANTIDAD



ANTA BAYA de Cristamilde está al otro lado del monte, allá en los arenales donde el mar brama. Todos los años acuden á su fiesta muchos devotos. La

ermita, situada en lo alto, tiene un esquilón que se toca con una cadena: El tejado es de losas, y bien pudiera ser de oro si la santa quisiera. Adegá, la dueña, y el criado, han salido á la media tarde para llegar á la media noche, que es cuando se celebra la Misa de las Endemoniadas. Caminan en silencio, oyen-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

do el canto de los romeros que van por otros atajos. A veces, á lo largo de la vereda, topan con algún mendigo que anda arrastrándose, con las canillas echadas á la espalda. Se ha puesto el sol, y dos bueyes cobrizos beben al borde de una charca. En la lejanía se levanta el ladrido de los perros, vigilantes en los pajares. Sale la luna, y el mochuelo canta escondido en un castañar.

Cuando comienzan á subir el monte, es noche cerrada, y el criado, para arredrar á los lobos, enciende el farol que lleva colgado del palo. Delante va una caravana de mendigos: Se oyen sus voces burlonas y descreídas: Como cordón de orugas se arrastran á lo largo del camino: Unos son ciegos, otros tullidos, otros lazarados. Todos ellos comen del pan ajeno, y vagan por el mundo sacudiendo

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

vengativos su miseria, y rascando su podre á la puerta del rico avariento. Una mujer da el pecho á su niño cubierto de lepra, otra empuja el carro de un paralítico. En las alforjas de un asno viejo y lleno de mataduras, van dos monstruos: Las cabezas son deformes, las manos palmípedas. Adega reconoce al Ciego de San Clodio y al lazarillo, que le sonríe picaresco:

— ¿Estás en el Pazo, Adega?

— Allí estoy. Y á ti, cómo te va en esta vida de andar con la alforja?

— No me va mal.

— ¿Y tu abuela?

— Agora también anda á pedir.

Al descender del monte, el camino se convierte en un vasto páramo de áspera y crujiente arena. El mar se estrella en las restin-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

gas, y de tiempo en tiempo, una ola gigante pasa sobre el lomo deforme de los peñascos que la resaca deja en seco: El mar vuelve á retirarse broando, y allá en el confín, vuelve á erguirse negro y apocalíptico, crestado de vellones blancos: Guarda en su flujo el ritmo potente y misterioso del mundo. La caravana de mendigos descansa á lo largo del arenal. Las endemoniadas lanzan gritos estridentes, al subir la loma donde está la ermita, y cuajan espuma sus bocas blasfemas: Los devotos aldeanos que las conducen, tienen que arrastrarlas. Bajo el cielo anubarrado y sin luna, graznan las gaviotas. Son las doce de la noche y comienza la misa. Las endemoniadas gritan retorciéndose :

— ¡Santa tiñosa, arráncale los ojos al fradel!  
Y con el cabello desmadejado y los ojos

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

saltantes, pugnan por ir hacia el altar. A los aldeanos más fornidos les cuesta trabajo sujetarlas: Las endemoniadas jadean roncas, con los corpiños rasgados, mostrando la carne lívida de los hombros y de los senos: Entre sus dedos quedan enredados manojos de cabellos. Los gritos sacrílegos no cesan durante la misa :

— ¡Santa Baya, tienes un can rabioso que te visita en la cama!

Adega, arrodillada entre la dueña y el criado, reza llena de terror. Terminada la misa, todas las posesas del mal espíritu son despojadas de sus ropas y conducidas al mar, envueltas en lienzo blanco. Adega llora vergonzosa, pero acata humilde cuanto la dueña dispone. Las endemoniadas, enfrente de las olas, aúllan y se resisten enterrando los pies

❀ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❀

en la arena. El lienzo que las cubre cae, y su lívida desnudez surge como un gran pecado legendario, calenturiento y triste. La ola negra y bordeada de espumas se levanta para tragarlas y sube por la playa, y se despeña sobre aquellas cabezas greñudas y aquellos hombros tiritantes. El pálido pecado de la carne se estremece, y las bocas sacrílegas escupen el agua salada del mar. La ola se retira dejando en seco las peñas, y allá en el confín vuelve á encrespase cavernosa y rugiente. Son sus embates como las tentaciones de Satanás contra los Santos. Sobre la capilla vuelan graznando las gaviotas, y un niño, agarrado á la cadena, hace sonar el esquilón. La Santa sale en sus andas procesionales, y el manto bordado de oro, y la corona de reina, y las ajorcas de muradana resplande-

❀ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❀

cen bajo las estrellas. Prestes y monagos recitan sus latines, y las endemoniadas, entre las espumas de una ola, claman blasfemas:

— ¡Santa, tiñosa!

— ¡Santa, rabuda!

— ¡Santa, salida!

— ¡Santa, preñada!

Los aldeanos, arrodillados en la playa, cuentan las olas: Son siete las que habrá de recibir cada poseída para verse libre de los malos espíritus, y salvar su alma de la cárcel oscura del Infierno: ¡Son siete como los pecados del mundo!





## CAP. V. FLOR DE SANTIDAD



ORNÁBANSE al Pazo de Brandeso la zagala, la dueña y el criado. El clarín de los gallos se alzaba sobre el sueño de las aldeas, y en la oscuridad fra-

gante de los caminos hondos, cantaban los romeros y ululaban las endemoniadas :

- ¡Santa, salida!
- ¡Santa, rabuda!
- ¡Santa, preñada!

Comenzó á rayar el día, y el viento llevó por sotos y castañares la voz de los viejos

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

campanarios, como salutación de una vida aldeana, devota y feliz que parecía unirse con el rocío y los aromas de las eras. A la espalda quedaba el mar, negro y tormentoso en su confín, blanco de espuma en la playa. Su voz ululante y fiera, parecía una blasfemia bajo la gloria del amanecer. En el valle flotaba ligera neblina, el cuco cantaba en un castañar, y el criado interrogábale burlonamente, de cara al soto:

— ¡Buen cuco-rey, dime los años que viviré!

El pájaro callaba como si atendiese, y luego oculto en las ramas dejaba oír su voz: El aldeano iba contando:

— Uno, dos, tres... ¡Pocos años son! ¡Mira si te has engañado, buen cuco-rey!

El pájaro callaba de nuevo, y después de

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

largo silencio, cantaba muchas veces. El aldeano hablábale:

— ¡Ves como te habías engañado!...

Y mientras atravesaron el castañar, siguió la plática con el pájaro. Atega caminaba suspirante: Las violetas de sus pupilas estaban llenas de rocío como las flores del campo, y la luz de la mañana, que temblaba en ellas, parecía una oración. La dueña, viéndola absorta, murmuró en voz baja al oído del criado:

— ¿Tú reparaste?

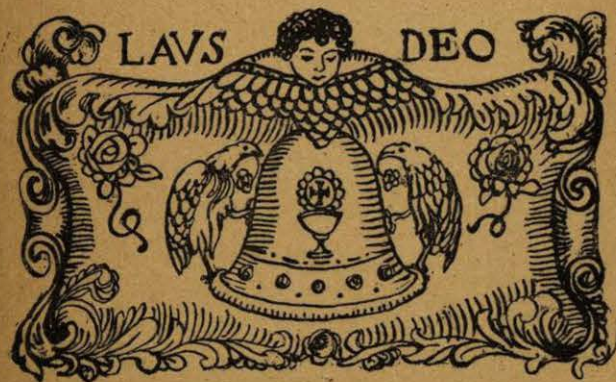
El criado abrió los ojos sin comprender. La dueña puso todavía más misterio en su voz:

— ¿No has reparado cosa ninguna cuando sacamos del mar á la rapaza? La verdad, odiaría condenarme por una calumnia, mas paréceme que la rapaza está preñada...

Y velozmente, con escrúpulos de beata,

❀ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❀

trazó una cruz sobre su boca sin dientes. En el fondo del valle seguía sonando el repique alegre, bautismal, campesino de aquellas viejas campanas que de noche, á la luz de la luna, contemplan el vuelo de brujas y trasgos. ¡Las viejas campanas que cantan de día, á la luz del sol, las glorias celestiales!  
¡Campanas de San Berísimo de Céltigos!  
¡Campanas de San Gundián y de Brandesol!  
¡Campanas de Gondomar y de Lestrove!...



JOSEPH MOJA

ORNAVIT